



El docente despolitizado en tiempos de neoliberalismo

Hacia un proyecto ético-político que oriente sus prácticas

Fernanda Sclavi Melgarejo

Instituto de Formación Docente

“Julia Rodríguez de León”

Análisis Pedagógico de la Práctica Docente

Mtro. Prof. Aníbal Camacho

Maldonado, 9 diciembre 2020

Resumen

¿Tenemos los docentes un proyecto ético-político profesional que oriente nuestras prácticas?

¿Cuál es el posicionamiento ético y político de los docentes en el escenario actual? En todo caso, ¿asumen un posicionamiento? Me propongo realizar un ensayo que busca reflexionar sobre ética, política y educación con énfasis en el posicionamiento político que asume el docente. Al respecto, sostengo que hoy en día desde diferentes niveles de la sociedad bajo el paradigma neoliberal hegemónico se promueve un docente despolitizado.

Palabras clave: *Educación, política, ética, neoliberalismo, proyecto ético-político.*

Introducción

El rol político del docente es un asunto que en mi experiencia, fue escasamente abordado a lo largo de mi formación de grado, un tema difuso, polémico, del que no se habla y que por momentos pareciera evitarse. Luego de cuatro años en el Instituto de Formación Docente, fueron prácticamente nulos los espacios destinados a la reflexión sobre el posicionamiento político del docente.

Pero también observo esta carencia en el colectivo docente a partir de mis prácticas en diferentes escuelas. Es decir, una situación que no ocurre solo en la formación, sino que se traslada también al plano del ejercicio profesional. Maestros y maestras que no refieren a ningún tipo de proyecto ético-político que los oriente. No explicitan (en caso de que lo tengan) algún posicionamiento político sobre el proyecto de sociedad que conciben y sobre la educación en general.

La reflexión que pretendo aportar gira en torno a la siguiente pregunta: ¿Estamos frente a docentes despolitizados? Docentes desentendidos del rol político que cumplen, impedidos de observar la práctica educativa como una práctica política, y como consecuencia, reacios a aceptar lo político de sus actos y de la educación toda, lejanos a comprender que todo es político.

Docentes apáticos y desinteresados cuando se trata de hablar del tema, parecen anestesiados políticamente, referirse a la palabra “política” enseguida despierta el aburrimiento, y la sensación de desesperanza y resignación. Ojos que dan vueltas y miran al techo, suspiros y miradas desinteresadas son algunas de las expresiones que ocurren cuando surge el tema.

Me propongo reflexionar sobre cómo se llega a esta despolitización. ¿Es esta situación resultado del azar o responde a intenciones específicas de despolitizar al docente? ¿Qué determinaciones y/o condiciones estructurales existen detrás que configuran esta realidad? ¿Qué hay detrás de ese desinterés y resignación?

Estas preguntas dan inicio a una búsqueda bibliográfica que se traducen en tres grandes ejes teóricos: educación, ética y política. Me interesa reflexionar sobre cómo se relacionan, cómo se conjugan, cómo se determinan uno a otro y particularmente cómo se posiciona el docente en esta tríada.

Sobre ese posicionamiento, sostengo que el docente hoy en día es un docente despolitizado. En este sentido, abordaré conceptos como educación y política, despolitización, paradigma neoliberal, proyecto social, proyecto ético-político profesional, ética, código de ética profesional, autonomía, emancipación, entre otros.

Reivindico la importancia de generar las condiciones y los espacios de reflexión necesarios que estimulen la construcción de un proyecto ético-político para la profesión docente donde se deje en claro a qué proyecto de sociedad aspiramos. En este sentido, fundamento también la importancia de contar con un código de ética profesional que fortalezca el colectivo docente, genere mayor legitimidad social a la profesión y evidencie la postura ética y política de nuestra labor.

Tiempos de neoliberalismo

Entender bajo qué paradigma de pensamiento nos encontramos hoy día es fundamental para cualquier análisis, pues partiendo desde esa mirada macro social se pueden comprender cómo los rasgos de este paradigma se singularizan en situaciones particulares de la vida cotidiana.

Cómo advierte Rebellato (Berisso y Bernardo, 2011) el paradigma o modelo hegemónico en la sociedad actual es el marcado por la lógica neoliberal, el cual se presenta como una ideología sustentada en la confianza en el mercado como regulador social. Agrega que lejos de representar una solución satisfactoria, el neoliberalismo produce efectos negativos notables. En el campo ético, justifica las conductas orientadas hacia la búsqueda de la eficiencia y la competitividad, socavando valores como la solidaridad, la cooperación, el afecto, etc. En el campo ecológico, produce destrucción de la naturaleza a favor de la obtención de ganancias. En el ámbito social, además de exclusión, provoca la determinación del propio ser de los individuos de acuerdo a su capacidad de participar en el mercado.

Según el autor, en este contexto, un rasgo que asume la sociedad actual es el desánimo ante la posibilidad de un cambio liberador y donde el modelo neoliberal aparece como única alternativa posible. Expresa: “en esta situación, las mayorías se ven arrojadas al ámbito de lo privado: satisfacción de necesidades de consumo, búsqueda de salidas individuales, renuncia al protagonismo político, dedicación al ascenso profesional” (Berisso y Bernardo, 2011, p. 40)

Siguiendo a Jurjo Torres (2001) el neoliberalismo y las ideologías conservadoras tratan de reorientar los sistemas educativos para, sobre la base de la imposición de un pensamiento único, reafirmar sus proyectos como los exclusivamente posibles y válidos. Para Torres, el cinismo con el que estas ideologías se presentan como salvadoras del mundo es algo que conviene analizar y comprender. Plantea que esta cultura dominante de derechas propaga un pesimismo que niega la posibilidad de cambiar lo que nos rodea, tratando de convencernos de

que estamos ante un nuevo y último modelo de ser humano. En palabras del autor: “Admitir la imposibilidad de buscar alternativas es el mejor indicio del grado de avance del conservadurismo” (Torres, 2001, p.12)

En este contexto, Rebellato (Berisso y Bernando, 2011) plantea la necesidad de formular un nuevo paradigma emancipatorio construido en las prácticas colectivas. Un elemento fundamental para la construcción de ese nuevo paradigma es la educación, pero no una dogmática, sino una que permita a los individuos desarrollar sus propios conocimientos.

Pero, ¿qué está sucediendo con la educación en este contexto? ¿Cómo se impone esta lógica neoliberal en la educación actual? ¿Cómo pensar la práctica educativa en términos de emancipación en una lógica neoliberal dominante? ¿Es posible?

La educación en el paradigma neoliberal y frente al avance conservador

Según Torres (2001) el sistema educativo, lo saben bien quienes apuestan por el neoliberalismo, puede llegar a desempeñar un papel importante en la actual reestructuración del capitalismo. Desde sus elaboraciones ideológicas, las instituciones escolares son uno de los espacios privilegiados para la construcción de las nuevas subjetividades economicistas y para la conformación de seres humanos con destrezas mecánicas y técnicas.

Para Apple (2001) muchas políticas de derechas suponen una tensión entre el énfasis neoliberal en los “valores del mercado”, por una parte, y el apego neoconservador a los “valores tradicionales”, por otra. Desde la primera perspectiva, debe minimizarse el Estado, dejando un amplio margen de libertad a la empresa privada, mientras que desde la segunda, el Estado tiene que ser fuerte para enseñar los conocimientos, normas y valores “correctos”. Desde esta perspectiva la escuela está desmoronándose, en parte porque las escuelas no hacen ninguna de estas dos cosas. (Apple, 2001)

El autor observa un panorama desalentador, al decir que tanto para los liberales como para los neoconservadores, la tarea educativa no consiste sólo en estimular a los participantes en una economía de mercado para que piensen en sí mismos como individuos

con el fin de maximizar sus propios beneficios. Si bien este es un objetivo crucial, las personas necesitan también que se les estimule para aceptar que tiene todo el sentido que haya ganadores y perdedores en el sistema. Un proceso de este tipo “crea riqueza” donde se acepta que la desigualdad es buena y más desigualdad es aún mejor. (Apple, 2001)

Según Torres (2001), bajo estas ideologías, asistimos a una “mercantilización del sistema educativo” en donde conceptualizar la educación como un bien de consumo más implica promover una mentalidad consumista en sus usuarios y usuarias: el profesorado y el alumnado; estimula a acercarse al trabajo escolar y a las ofertas formativas pensando en los beneficios que puede reportar cursar tal o cual disciplina, especialidad o titulación. En este panorama:

La institución escolar aparece contemplada como imprescindible sólo en cuanto recurso para poder el día de mañana obtener importantes beneficios privados, enriquecerse a título personal (...) instituciones de carácter público acaban siendo succionadas por servicios privados, convertidos en apéndices de empresas a las que les reparan la mano de obra de manera gratuita. (Torres, 2001, p.33-34)

En síntesis, como plantea Torres (2001) las promesas de las opciones neoliberales y neoconservadoras consiguen una importante destrucción de las redes escolares públicas, como nunca en la historia, pues bajo el ropaje de medidas meramente técnicas se apoyan y legislan soluciones privatizadoras y de falsa autonomía que producen efectos perversos en las condiciones de vida de los colectivo más populares, al tiempo que se descargan excesivas responsabilidades sobre las espaldas del profesorado.

La educación es política

La educación no puede ser neutral. Es siempre directiva en su intento de habilitar a los estudiantes a comprender el mundo más amplio y su papel dentro de él. (...) se trata de un intento deliberado por influir sobre el modo y el tipo de conocimientos, valores, deseos e identidades (Giroux, 2012)

Entender el paradigma dominante donde se inscribe la educación es tarea crucial para todo aquel que intente realizar cualquier análisis educativo. Lo que lleva a reafirmar el componente profundamente político de la práctica educativa en todos sus niveles.

¿Por qué en todos sus niveles? Nos lo advierte Johnson (1997 en Giroux, 2003), la educación es política en todos los momentos del circuito: en las condiciones de producción (¿quién produce el saber? ¿para quién?), en los saberes y en las formas mismas del saber (¿saber de acuerdo con que plan?, ¿útil para qué?), es política en su publicación, circulación y accesibilidad, en sus usos profesionales y populares y en sus impactos en la vida cotidiana.

Para Giroux (2003) el trabajo educativo es inseparable de la política cultural participante en ella porque, en el ámbito de la cultura, se forjan las identidades, se activan los derechos ciudadanos y se desarrollan las posibilidades de traducir actos de interpretación en formas de intervención. En este discurso, la “pedagogía” está relacionada con la vinculación de la construcción del saber con cuestiones de ética, política y poder. (Giroux, 2003)

Giroux retoma la obra de Freire por su especial relevancia que tiene como análisis crítico entre lo político y lo educativo. Para Freire la educación problematizadora, apunta a una teoría social cuya meta es la liberación de los individuos y grupos como sujetos históricos mediante un proceso educativo crítico que supone hacer más político lo pedagógico y más pedagógico lo político. Para Freire, la pedagogía es política, porque su tarea consiste en revitalizar cuestiones de acción individual y social, así como examinar críticamente cómo se produce y aplica el poder y cómo se le opone resistencia a través de un conjunto de historias, formaciones sociales, instituciones y prácticas significantes. (Giroux, 2003)

Según Freire, la educación no se ocupa solo del perfeccionamiento individual, sino de la transformación social orientada a crear las condiciones para que el oprimido supere las formas materiales, ideológicas y psicológicas de dominación. En esta perspectiva, la educación y la política se informan mutuamente dentro de un proyecto más general. (Giroux, 2003, p.142).

Continuando con el pensamiento de Freire, el autor planteó que enfrentando a la educación bancaria despojada de todos los elementos críticos de la enseñanza y el aprendizaje, la educación en su sentido más amplio, era eminentemente política porque ofrecía a los estudiantes las condiciones para la autoreflexión, una vida autogestionada y la acción crítica. (Giroux, 2012)

El papel que juega la educación al conectar verdad y razón, aprendizaje y justicia social, y conocimiento y modos de comprensión de sí mismo y sociales resulta complejo y exige que docentes, estudiantes y padres se nieguen a divorciar a la educación de la política. Es necesario un acercamiento serio a lo que significa pensar y actuar la política como parte de un proyecto democrático. (Giroux, 2012)

El rol político del docente y su despolitización

“El profesorado siempre está implicado en un acto político sea o no consciente, lo asuma o no, porque la educación nunca será neutra y siempre expresará las ideas de la sociedad” (López de Maturana, 2010)

Partiendo de lo expuesto hasta aquí, y reconociendo por lo tanto el carácter eminentemente político de la educación, ¿no es el rol docente entonces profundamente político?

Como expresa Giroux “las responsabilidades de los educadores no pueden separarse de las consecuencias del saber que producen, las relaciones sociales que justifican y las ideologías que divulgan” (Giroux, 2003, p.35) Es necesario que los educadores reflexionen sobre las dinámicas interrelacionadas de la política, la cultura, el poder, la responsabilidad y redefinir su propio papel político. (Giroux, 2003)

Me cuestiono lo siguiente: ¿Como docentes nos hemos olvidado de este rasgo constitutivo de nuestra profesión? ¿Qué sucede con lo que parece una pérdida de consciencia política en los educadores? Dando por sentado que en algún momento la tuvieron ¿Qué sucede con esta consciencia política en los maestros y profesores hoy día? ¿Dónde está o dónde quedó? ¿Qué o quienes atentan contra ella? ¿Qué o quienes la impulsan y promueven?

A continuación presento una serie de argumentos de diversos autores que nos pueden servir para dar respuestas a las preguntas anteriores y comprender el proceso de despolitización que atraviesa nuestra profesión.

Para Torres (2001), una respuesta a estas interrogantes viene de la mercantilización del sistema escolar. Para el autor, desde las opciones ideológicas capitalistas y neoliberales, se trata de imponer un modelo de sociedad en el que la educación acabe reducida a un bien de consumo más, su lógica sería la de convencer a las personas para que elijan centros escolares, titulaciones y profesorado en la misma manera que se eligen y compran otros productos en y entre diferentes supermercados. (Torres, 2001, p.41)

Por lo tanto la educación se reduce a mercancía, a lo que agrega: “Este ocultamiento de lo que significa convertir al sistema educativo en un gran centro comercial se acompañan de publicidad y discursos demagógicos acerca de la defensa de la libertad, de las bondades del “apoliticismo” y neutralidad.” (Torres, 2001, p.41)

Ese “apoliticismo” y “neutralidad” al que refiere Torres como postura a tomar que se promueve desde el paradigma imperante lo observé cada día de mi práctica docente y como estudiante en el Instituto de Formación Docente. Me pregunto ¿qué bondades tiene ese aparente “apoliticismo” y esa injustificada “neutralidad” de los docentes? ¿Resulta cómodo para los docentes adoptar esa postura? Por otra parte, ¿a quién le sirve un docente apolítico y neutral? Es decir ¿quién o quienes se benefician de esto?

Por su arte, Giroux (2003) observa que la omnipresente cultura comercial se aprecia también en la obsesión moderna por la carrera profesional y la especialización y en el

aislamiento de los educadores con respecto a la política y las urgentes demandas de la vida cívica.

En este sentido, el autor plantea que el creciente aislamiento de académicos e intelectuales del mundo que los rodea refleja el poder que tiene la cultura empresarial para definir la enseñanza como una práctica técnica e instrumental, en vez de como un acto moral y político. Muchos educadores, alejados del mundo de la práctica política y de la vida cotidiana, están demasiado dispuestos a interpretar la cultura como un campo distante de la política y de la lucha. Con el apoyo de las presiones a favor del estudio desinteresado y sus llamadas concomitantes a la neutralidad, la objetividad y la racionalidad, este enfoque deja poco espacio para considerar cómo las ideologías, los valores y el poder configuran todos los aspectos del proceso educativo. (Giroux, 2003)

Otro elemento que encuentra Torres (2001) que contribuye en la carencia de consciencia política en el docente es el aumento de la concepción del rol docente como el de un trabajador, trabajadora con un notable grado de ahistoricidad, descontextualizado. ¿Cuáles son los peligros de una percepción y auto-imagen docente ahistórica y descontextualizada? Creo que son muchos.

Para Torres (2001) “esto sucede en la medida en que la disciplinamiento que caracteriza su formación no permite establecer conexiones e informativas más ricas, no favorece niveles de reflexión que faciliten una comprensión más real de lo que está aconteciendo en el mundo en el que vivimos” (p.198). Aspecto que también comparto, pues a lo largo de la formación, el conocimiento disciplinar recibido pocas veces se daba contextualizado e interrelacionado con otras áreas de la realidad que permitieran realizar las conexiones necesarias para comprender el mundo actual.

Otro argumento que promueve el docente despolitizado y nos aporta el autor, es la del “escapismo”. Las políticas neoliberales y conservadoras promueven que las cuestiones sociales referidas a las desigualdades y formas de opresión, los asuntos que tienen que ver con la lucha

contra el racismo, el sexismo, los fundamentalistas religiosos y políticos, el clasismo sean contemplados como peligrosos y puedan complicarnos la vida. Una salida típica de los docentes es por lo tanto, el escapismo. Se considera que estas cuestiones son problemas muy complejos y que no tenemos por qué introducir temas conflictivos en las aulas y problematizar a los niños y niñas que allí acuden. (Torres, 2001)

Considero que esto último se refuerza con la concepción de la infancia y de niño, o de la adolescencia en caso de secundaria, que posea el docente y la educación toda. Es decir, se refuerza al momento de pensarlos como seres indefensos y vulnerables que hay que proteger, que se conjuga generalmente con concebirlos incapaces o no preparados para comprender el mundo real, por lo tanto la opción parecería aislarlos en una burbuja de conceptos y actividades desconectadas de lo que pasa fuera del aula y en sus propias vidas. Lo que sucede bajo esta lógica es una vulneración de los niños como sujetos de derechos, aspecto que no profundizaremos en esta ocasión.

Por otra parte, a los argumentos que vengo exponiendo sobre la despolitización, hay que sumarle otras peculiaridades en la profesión docente que hacen que resulte difícil prestar atención a las dimensiones políticas y éticas del trabajo en las aulas. Entre ellas se encuentran: la cultura del individualismo que rige en buena medida el comportamiento de profesoras y profesores, su obsesión por concepciones de la enseñanza y de aprendizaje contempladas sólo desde la psicología y la creencia de que la práctica lo es todo. Se puede constatar por el contrario, un escaso interés por las dimensiones más filosóficas, sociológicas y teóricas de la educación. (Torres, 2001)

Desde una perspectiva histórica, también Torres nos trae a consideración el descrédito al que fueron sometidos los profesores y maestros como agentes políticos y la misma palabra política durante los años de la dictadura. Esto también explicaría en buena medida la huida en las explicaciones y trabajo en las aulas, en general, de todo aquello que pueda resultar socialmente comprometido, que implique hablar con claridad de temas

candentes de la sociedad. Advierte: “tratar “patatas calientes” es arriesgado y máxime si además se hace desde un puesto de trabajo que está siendo atacado desde diferentes frentes.” (p.234)

Por último, también existe un sector del profesorado que esquivo y silencia ciertos temas en sus aulas, porque no saben cómo hacerlo, se sienten inseguros, o porque su historia personal les puede generar problemas de aceptación o rechazo manifiesto. Por ejemplo, profesoras que no acepten que las mujeres vivan discriminadas y protesten por ello y que al mismo tiempo, tengan miedo a ser identificadas como feministas. (Torres, 2001)

Considero estos son algunos de los elementos que nos permiten reflexionar sobre cómo curre la despolitización docente y porqué en un contexto donde el paradigma neoliberal con rasgos conservadores gana cada vez más terreno. No es una lista acabada, pero aporta elementos para entender que detrás de toda acción docente (o inacción) hay múltiples determinaciones actuando, evidenciando de esta forma la no neutralidad del acto educativo. La diferencia radica en cuán conscientes somos de esta realidad.

Recuperar la conciencia política: El proyecto ético-político

“Elija ser entre un reverente funcionario o un educador que define sus prioridades en función de la realidad” (Soler, 2005, p.211)

Como acertadamente expresa Soler “El educador es persona, en plenitud de derechos. Y no puede ocuparse de los derechos de sus alumnos sin defender con vigor los que le son propios”. (2005, p.204)

En este contexto de constante bombardeo hacia la despolitización docente y a convertirnos en meros clientes del sistema, Soler (2005) propone e invita a los educadores a resistir el riesgo de resignarse. Para esto promueve la idea de austeridad, pues esto nos obliga a resistir el consumismo, el doblegamiento ante la publicidad, la tentación del endeudamiento, las infinitas trampas del capitalismo que penetra sutilmente nuestras vidas, para hacernos clientes. Dice: “Ser resistentes significa ser también capaces de boicotear” (Soler, 2005)

Frente al desaliento que exponen Giroux y Torres como elemento presente en nuestra

sociedad, Soler invita a que maestras y maestros salgan del silencio, que vuelvan a sentirse constructores del futuro y que ese sentimiento esté despojado de la tentación de conformarse con soportar los problemas y dificultades. Frente a la posición determinista y fatalista sobre “el fin de la historia” y que no hay nada que hacer, Soler nos dice: “No aceptemos nada como ineluctable, como insuperable, como imposición del destino (...) Maestro, maestra: no se deje ganar por el desaliento, no aprenda a vivir en la desesperanza, no se acostumbre al no se puede. Resista, resístase a aceptarlo. (Soler, 2005, p.208)

Recupera la importancia en este contexto de la lucha colectiva, al decir: “maestro, maestra, resistan la tentación de aislarse, de luchar solos, reconociendo que solo empeños colectivos, participativos, bien organizados pueden respaldar los esfuerzos individuales y llevarlos al logro de sus propuestas y aspiraciones”. (Soler, 2005)

Tomando lo anterior como punto de partida, es que me cuestiono sobre la posibilidad de un proyecto ético-político profesional del colectivo docente, que nuclea a maestros, maestras, profesores y profesoras, que permita reflexionar sobre nuestras prácticas, sobre los valores y el ideal de sociedad que orienta nuestro trabajo y sobre todo recupere nuestro potencial político en la construcción de una sociedad más igualitaria y democrática, que promueva la autonomía y emancipación de los sujetos.

Entiendo al proyecto profesional en la línea de Netto (2003), al decir que este representa la auto-imagen de una profesión y los valores que la legitiman socialmente, delimita sus objetivos y funciones; formula los requisitos (teóricos, institucionales y prácticos) para su ejercicio; prescribe normas para el comportamiento de los profesionales y establece las bases de la relación con los usuarios de sus servicios, con las otras profesiones, con las organizaciones e instituciones privadas y públicas. De esta manera, los proyectos profesionales tienen ineliminables dimensiones políticas, tanto en un sentido amplio (relacionados con proyectos societarios), como en un sentido estricto (presente en las perspectivas particulares

de la profesión).

Hacia un código de ética docente

El proyecto ético-político de la profesión puede objetivarse de varias formas, desde documentos escritos, manifiestos, decretos, etc. Particularmente quisiera plantear, en este sentido y en relación a todo lo que planteo en el ensayo, la posibilidad de la construcción de un código de ética docente.

Considero que un código de ética docente puede resultar un valioso instrumento para promover un proyecto ético-político de la profesión y sobre todo, el olvidado, rezagado y pisoteado componente político del docente. Consistiría en una estrategia que busque contraatacar y hacer frente a la despolitización que se impone e impregna la lógica docente hoy en día. En este sentido, al recuperar este eslabón perdido, otorgaría mayor poder, reconocimiento, garantías, respaldo, legitimidad, unión, y sentido a nuestra querida profesión.

Como expongo más arriba, de manera rutinaria tomamos decisiones éticas que conscientes o no se basan en nuestros valores; sin embargo, a menudo no las identificamos claramente (Fraga et.al, 2020) Contar con un respaldo (mediante el código) que apoye o sustente nuestras decisiones éticas podría significar un apoyo significativo a la tarea docente.

Por otra parte, según Fraga et.al (2020) ante un pluralismo que caracteriza a la sociedad actual, que también recae en aspectos éticos y morales, es de esperar que muchos no compartan los mismos valores, es decir, algunos estarán en desacuerdo con nuestras decisiones, lo que puede derivar en situaciones de conflicto. Sin embargo, los autores retoman a Adela Cortina (2005) al decir que el enfoque ético-moral puede ser una aptitud para la resolución pacífica de conflictos. Es decir, en tanto que el origen del conflicto radica en la desarmonía de los fines subjetivos del individuo con los del grupo social y en los intereses antagónicos de los diferentes grupos sociales, así, “la novedad consistiría en ubicar el ámbito moral preferentemente en el de resolver conflictos de acción, ya sea a nivel individual, ya sea a nivel colectivo” (Cortina, 2005, p.36 como se citó en Fraga et.al 2020). Con esto, me refiero a

que el código de ética también puede realizar grandes aportes a la mediación y resolución pacífica de conflictos en el ámbito de nuestra profesión.

En este sentido: "Considerando que no existen respuestas prontas a las situaciones complicadas que enfrenta un docente, en el ejercicio de su profesión, lo que se puede ofrecer son formas de pensar las implicaciones de la toma de decisiones "(Fraga, et.al, 2020)

Por último, me cuestiono ¿por qué siendo nuestra profesión de las más tradicionales y pilar de la sociedad, no cuenta con un código de ética? Esta pregunta es una interrogante sobre la cual me propongo continuar investigando y no buscaré responder en este ensayo, pero considero de vital importancia hallar algunas respuestas.

Conclusiones

Considero que para realizar cualquier análisis educativo es necesario tomar una mirada dialéctica e histórica de la realidad. Reconocer los elementos universales del sistema social en que nos inscribimos para identificar como se particularizan en las situaciones singulares en menester. En este sentido, observar y reconocer el paradigma dominante que atraviesa las configuraciones económicas, políticas y sociales es un primer paso para tratar de entender cómo se impone en la educación.

Me detengo en este aspecto, pues es un fuerte antídoto contra las prenociones del sentido común, y frente a la actitud de considerar e interpretar a los fenómenos educativos como hechos aislados y descontextualizados. Debemos superar la tendencia a analizar los elementos de la práctica educativa bajo esta lógica, pues incurrimos en un grave error epistemológico y metodológico.

Por este motivo para llegar a presentar mi postura sobre la despolitización docente y retomando a varios autores, fue necesario comprender este fenómeno inserto en las lógicas neoliberales y conservadoras dominantes del sistema social.

Bajo este paradigma dominante asistimos a un docente despolitizado, que promueve una maestra, un maestro que se esconde detrás de posiciones “neutrales” “apolíticas” “escapistas” “tecnicistas” “mercantilistas” “aisladas” “cómodas” “proteccionistas de los niños” “miedosas” “vergonzosas”, entre otras y así evaden, niegan y en algunos casos desconocen su rol político.

Estas posturas se conforman como una especie de máscaras y comportamientos que lamentablemente se van naturalizando en nuestra profesión, siendo aceptadas en la jerga profesional e incluso bien vistas. Las lógicas neoliberales triunfan cuando el docente se siente a gusto portando algunas de estas máscaras e incluso en ocasiones las defiende con fervor.

Por momentos pareciera que el docente que reivindica su rol político y lo político de su tarea no es visto con buenos ojos entre sus propios colegas y la sociedad en general. Un aspecto que también podría ser interesante para continuar analizando.

En esta paradoja, antes que caer en la postura socialmente aceptada de quedarme al margen de lo que sucede, ser apática, y con falsa neutralidad, prefiero estar en la vereda de los “mal vistos” pues allí se re significa el sentido de la profesión que elegí y reivindica su potencial transformador y emancipador. Elegimos todo el tiempo.

Bibliografía y artículos de referencia:

-Apple, Michel (2001) "Política cultural y educación". Ediciones Morata. Madrid.

-ANEP-UNESCO-(2003) "Los Docentes uruguayos y los desafíos de la profesionalización"

Disponible en:

<https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000132218?posInSet=107&queryId=a895b224-be77-45b3-91da-f91753d3130c>

-Berisso, L; Bernardo, H (2011) "Capítulo XI: José Luis Rebellato: filósofo de la esperanza". En: Introducción al pensamiento uruguayo. Ediciones Cruz del Sur.

-Brenes, A; Burgueño, M; Casas, A; Pérez, E () "José Luis Rebellato, Intelectual Radical" Revista Actio – Departamento de Filosofía de la Práctica – FHCE.

-Chomsky, Noam. (2001). La (Des) Educación. Barcelona: Crítica.

-Fraga, Ishii, KRASILCHIK (2020) "Código de ética docente: un dilema" disponible en:

https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S010246982020000100401&lang=es

-Freire, Paulo (2002) [1996]. Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa. México: S.XXI.

-Freire, Paulo (1990) [1985]. La naturaleza política de la educación. Cultura, poder y liberación. Barcelona: Paidós.

-Giroux, Henry. (1990). Introducción en FREIRE, P. La naturaleza política de la educación. Barcelona: Paidós.

-Giroux, Henry (2003) "La inocencia robada. Juventud, multinacionales y política cultural" Ediciones Morata. Madrid.

-Giroux, H (2012) Cap. 8 "Paulo Freire y la pedagogía testimonial" en: La educación y la crisis del valor de lo público.

-López de Maturana (2010). Los buenos profesores: educadores comprometidos con un proyecto educativo. La Serena: Editorial ULS.

-López de Maturana (2010) "Posicionamiento político del profesorado: retos de la profesionalidad docente." Disponible en:

<https://www.educaciondeadultosprocesosformativos.cl/index.php/revistas/revista-n-3/35-posicionamiento-politico-del-profesorado-retos-de-la-profesionalidad-docente>

-Ruffinelli, Andrea (2016) "Gubernamentalidad, pedagogía neutra y (des) profesionalización Docente"; Disponible en:

https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S010173302017000100191&lang=es

-Soler, Miguel (2005) "Réplica de un maestro agredido. Educar en Uruguay: de la construcción al derribo, de la resistencia a la esperanza" Ediciones TRILCE. Montevideo.

-Torres, Jurjo (2001) "Educación en tiempos de neoliberalismo". Ediciones Morata. Madrid.